

Gumersindo Astorga con hipotermia

DÁMASO MURÚA

Eran los tiempos bíblicos de la cooperativa pescadora llamada Lázaro Cárdenas. Contábamos con cuatrocientos socios, provistos de atarrayas, cayucos, canoas, canaletes y anzuelos para pescar camarones y chigüüles. Cada dos años, cambiamos a los directivos porque les gustan mucho los billetes, más que a los banqueros. Fue cuando nos gobernó, desgobiernado él y atarantado, por el vino frío (así les decimos a las cervezas heladas), el tal Gumersindo Astorga.

Él, ya había ganado para la presidencia municipal, antes. Así se malimpuso rayando caballos tordillos en la plazuela. Luego, lo corrieron porque detuvo una locomotora del tren, con los rifles del Carranflón Zamarripa. En el arrebiate de centavos, el mentado Gumersindo, hasta eso, fue muy a lo abierto, a lo pelón. En la cooperativa sí respetamos a los cómplices o cínicos de vocación, como así los llama el Lombito Regalado.

Las asambleas, en la Lázaro Cárdenas, eran explosiones del Vesubio, volcancote que humea allá en Italia, según nos dijo Diamantis Zorba. Otras veces, discutíamos tanto que nos parecíamos al otro volcán jaguallano, el Karakatoa. Pero el *piojillo* aumentaba con las vedas, y teníamos que vomitar el coraje si no, nos hubiéramos puesto amarillos de tanta bilis.

Cuando la orquesta de Goyo Zataráin, sonaba por el rumbo de la alberca, donde cantaban en coro tres mil sapos al mismo tiempo, enfrente de la Empacadora de Escuinapa, pues, ya sabíamos que Gumersindo nos andaba bolseando. Como tenía pandilla saqueadora, no era fácil agarrarlo amasando el nijayote del molino del nixtamal.

Urbicio Lllamarada, fue quien nos vendió el plan, como si hubiera sido película del Peter Lorre (el ojón) o de Humphrey Bogart, el héroe de Pablo Arrearán. Nos carcajearnos la víspera y nos sentimos muy vengadores de la tesorería de todos y de nadie. Las cuentas derechas nunca nos salieron, en los casi cincuenta años de la sociedad pescadora. Pero qué tal las chuecas. Fuimos expertos en democracia de socio a socio, pero éramos asaltantes de camino real en cuanto nos elegían para los consejos de administración o de vigilancia. Gumersindo supo a lo que iba.

Nos apalabramos guiñándonos los ojos que eran como diez, de los cinco sombrerudos que fuimos a comprarle al Mele Ponciano, un camión repleto de *barras de hielo de cien kilos cada petacuda* de las frillísimas. Había más de doscientas toneladas almacenadas en la bodega de la Empacadora: por eso a Melesio le brillaron los ojos y los ananchó, frotándose las manos.

—¿Qué tan rediloso es el camión? preguntó el Mele.

—Como un mogotal de cinco toneladas. Pero queremos las barras bien congeladas, durísimas. También vamos a comprar con el Chato Gómez, otro camión pero de aserrín, para que no se nos derritan los raspados sin piña, que le íbamos a dar a Gumersindo.

—Qué bueno que lo van a asustar. Pero dijo Urbicio que mejor era meterlo a la cárcel, comentó el gerente de la fábrica.

—Pero si tampoco metimos a la cárcel a Urbicio, cuanti más al Astorga...

—Para pendejos no se estudia, muchachos. Terminó de regañarnos el Mele.

Emilio Grave nos rentó el camionzote. Ya teníamos los platos hechos, y sólo nos faltaba esperar a Gumersindo en la cantina de la alberca del doctor Alejandro Topetillo, un jaliscoquillo de los mejores que vinieron de Guadalajara.

Tardó dos días, rápido se apareció: venía del mercado donde se había sorbido un menudo para descrudecirse de la del día anterior, que lo mareó e hizo vomitar. “La más fría que tengas, Chivas, dámela, porque me vengo quemando”, y empezó su farra de costumbre, aunque antes pidió la banda para

que le tocaran *México Constitucionalista* y el canto de *Cuanto te Quiero Morena*, de Severiano, el que componía versos y tocaba un trombón de vara.

Se apiñaron todos los golleteros que fueron muchos. Ya le sabían lo empinador de mezcales que era el Gumersindo; entre ellos, se anotaron El Mandiles, Güillín, el Güilas, Willie Manflora, el bicicletero Zapata y andaba acarreado arena El Gallinas, sino hubiera recalado temprano. Teníamos que juntar un ejército para que no se nos escapara el emboscado.

Se bebió, junto con los aplaudidores por cerveza, Gumersindo, más de quince cartones de aquellos con envase de madera que venían desde Mazatlán, con mareadoras ambarinas que se pelean hasta los curas de la iglesia para poder quitarse las calentadas que se dan con las confesiones de las beatas y quedadonas mujeres que no desfajan borrachos, pero sí visten santos de atocha.

Como a las diez de la noche, nos aprontamos en la Empacadora para recoger las barras del ponteduro frío. El Mele, parecía reírse con aquella carraqueada húmeda, que le íbamos a dar al Astorga. Cuando se cayó solito, de briago, en la alberca, ya lo teníamos con mampuesto. El hielo estaba completo, sin mermas. A la alberca se metió también Serafín Cervantes, nomás para despistar, porque él también estaba en la bribonada.

Cataplum, cataplum, cataplum, aventamos las barras desde el camión rediloso, pero el Gume ni cuenta se dio. Le echamos las seis toneladas, porque nos dio pilón El Mele. Jijo de su guayabera.

Cuando Astorga dijo, chapaleando entre los sapos cantarines del agua verde de aquel charco con cemento, “me siento cerveza helada, nada más”. “Voy a comprar acciones de la Pacífico, nomás que vendan el camarón que pescaron en la posta de El Maiz”. Qué mala espina nos dio.

Cuando estaba morado como cirio de la iglesia en semana santa, el Gumersindo empezó a vibrar de frío. Las seis toneladas de raspado lo hacían temblar de las quijadas.

–“Ha de ser propaganda nueva de Mazatlán”, todavía se burló de nosotros, el muy canijo.

Prieto, cual kilo de moronga de la que vende el abastero Chano Barrón, gesticulaba el presidente de la cooperativa el que nunca se rajó.

Cuando lo sacamos de la alberca a las tres de la mañana, en medio de la oscuridad, para que no lo vieran encuerado las mujeres que trabajan en la empacadora, el pizarrín no se le veía, porque lo traía muy encogido, asustado pues.

Hijo de suchi. Ni el gasto de las barras de hielo sacamos. El Gumersindo se negó a firmarnos *un vale negro*, por diez toneladas de camarón, nomás porque lo frío dizque apenas lo calentó por fuera, de adentro marcaba como en el polo norte.

Por allí anda el directivo. Burlándose de que nos echó a perder *el tarrayazo* palangrero que le tiramos.

El de la Empacadora, también se entripó fuerte. Bebió *candelilla* para irse al excusado por dos días. 🍷

22 nov 2008.



Martha Velázquez

Los prehombreros*

MARCELA DEL RÍO

*Cuando haya crecido y ya sea
un pino duro, místico y derecho, en la orilla del mar,
para ofrecerme como el palo mayor de la fragata
y llevar las velas más seguro que ahora,
¡ven a despertarme!...*
*Tal vez entonces podamos pasear junto,
entre las nubes oscuras y rotas ya, de la tormenta,
el gallardete invicto y luminoso...*

LEÓN FELIPE

Treinta y seis inviernos habían permanecido vacíos los lugares de Escandio y Tulia sobre la mesa familiar. Treinta y seis primaveras, veranos y otoños habían pasado sin que ellos pudieran contemplar el brotar de las flores en su suelo natal, la puesta del sol tras las colinas verdes o la caída de las hojas.

El recuerdo da comienzo donde termina la presencia. Y hacía treinta y seis años que Fluora recordaba junto a Fermio, y Fermio junto a Fluora. La vieja se asomó a la ventana y miró el cielo nocturno. Era un hábito que había contraído al día siguiente que partió Tulia en la astronave. En algún lugar de la profundidad oscura estaría latiendo el corazón de Tulia. Esa noche, la ciudad no dormía. Esa noche, la ciudad le había robado su luz a las estrellas. Millares de focos parpadeaban sobre las avenidas y apagaban el cielo, dejándolo vacío, vacío y negro.

–Treinta y seis años, Fermio. Treinta y seis. Es demasiado tiempo. Es como... como si hubieran vivido en el exilio y yo... en una cárcel. Es nuestra hija, Fermio, y hemos pasado la vida ignorando todo lo que le ocurre. No estuvimos presentes para compartir su vida y ahora... nos queda tan poco tiempo ya...

–Pero está viva ¿no comprendes? Están vivos, y nosotros también.

–Habiendo tantos astronautas. ¿Por qué ellos? –protestó la vieja crispando las manos, con aquel gesto tan peculiar cuando estaba nerviosa.

–Te has sentido orgullosa tantas veces. No vas a desesperar ahora que falta sólo una noche para que estén de vuelta. Que no vean caras tristes. Ánimo. Por cierto, el pastel que preparaste es muy hermoso. Quería decírtelo ahora, antes de que lleguen y no me escuches.

Fluora inclinó la cabeza. Sintió la ternura que encerraban esas palabras y se echó a llorar.

–Vamos, piensa que regresan con una nieta tuya y mañana podrás conocerla.

–Y a ellos... ¿los reconoceremos?

Los dos viejos guardaron silencio. Fermio recordó el día en que uno de los cohetes no tripulados de Exploración del Espacio, detectó seres inteligentes en un planeta que quedaba a quince años de distancia, yendo a la máxima velocidad alcanzada por aquellas fechas. Al saberse en el mundo que los seres humanos no estaban solos en el universo, la alegría se desbordó de sus pechos como agua fresca de una fuente. Veteranos y alumnos de la Escuela de Astronáutica se ofrecieron para llevar a cabo aquella aventura singular: el descubrimiento, no de un mundo, no de nuevos minerales o riquezas, sino de otra Especie Humana en el cosmos. Aun a sabiendas de que gastarían treinta y seis años de su vida, todos querían partir en la primera expedición. Él mismo habría querido ir en el cohete, al pensar en que la recompensa sería el tesoro más apreciado de cuantos pudieran existir: establecer la amistad con los pueblos del Universo. Era un orgullo que el matrimonio seleccionado por su juventud, y sus condiciones físicas y mentales, de adiestramiento y responsabilidad, hubiera sido el de su propia hija.

–Sí, los reconoceremos –dijo al fin, resueltamente. Ella era una niña con rostro de mujer, y él... siempre fue un hombre.

Al día siguiente, con cara de insomnio todavía, Fluora fue a la puerta a recoger el diario. "HOY LLEGAN LOS ASTRONAUTAS", leyó en los titulares y la vista se le nubló. El corazón aceleró su ritmo y tuvo que sentarse a llorar de alegría.

Sobre el hombro de su padre, Estrella echó una mirada a las cartas de navegación. Escandio sonrió.

-No has dormido en veinticuatro horas -dijo él, sin alzar la vista.

-No puedo dormir -respondió Estrella mecánicamente, sin quitar tampoco la vista del papel.

-Si no descansas, cuando llegemos te vencerá el sueño y no podrás disfrutar del momento que tanto has esperado.

Tulia dejó la computadora y se acercó a la niña.

-Tu padre tiene razón, son muchas las cosas nuevas a las que tendrás que enfrentarte. Tú eres quien debe estar en mejores condiciones.

Estrella asintió y le dio un beso a sus padres.

-Buenas noches -dijo, y se fue volando suavemente hacia su litera- despiértenme cuando vayamos a llegar, no quiero perderme ni un detalle -les gritó en el camino.

Tulia absorta, siguió a Estrella con la mirada. Un gesto involuntario descompuso su rostro.

-¿Pasa algo? -interrogó Escandio, examinándola.

Nada. Me preguntaba ¿cómo reaccionará cuando sienta la gravedad terrestre. Tal vez no pueda caminar.

-Es lo más probable, pero descuida, se adaptará. Pronto la verás correr en nuestro jardín.

Escandio dio un apretón a la mano de su mujer. Ella hizo un movimiento de cabeza para indicarle que la pequeña nube se había desvanecido.

-¿Tienes listo el plan de navegación?

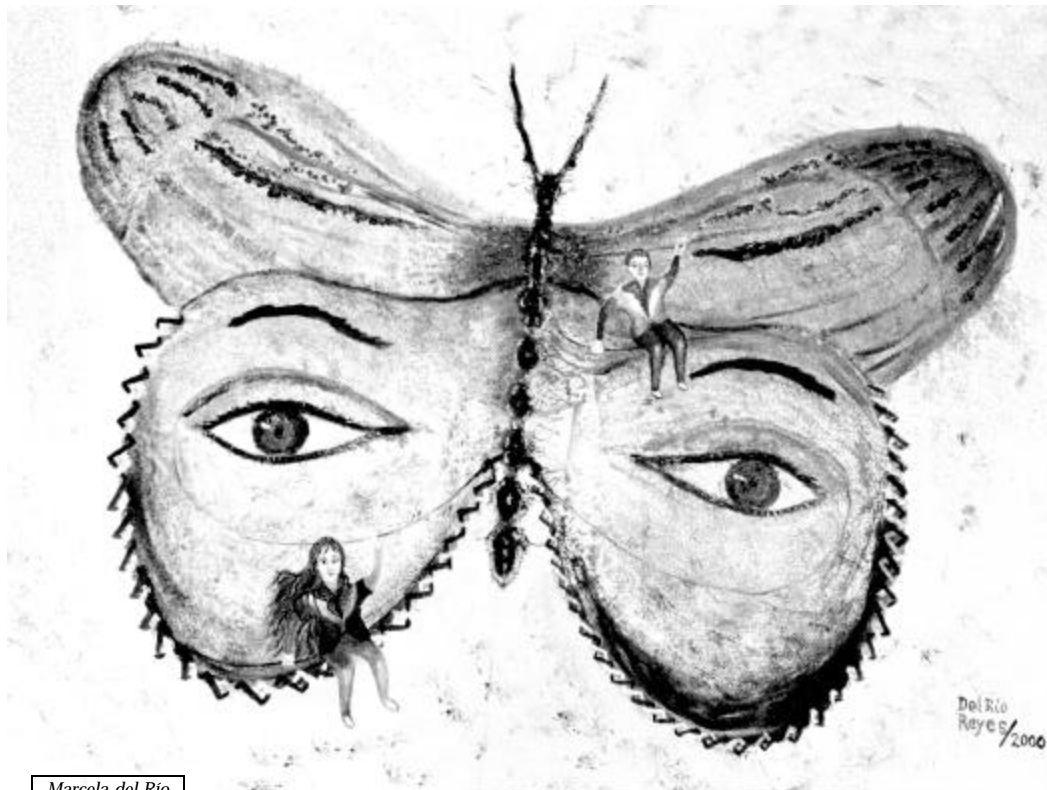
-Sí, ya está la pantalla dos.

Escandio miró hacia la computadora y vio los trazos de los diagramas.

-Gracias. Te mereces una medalla.

¿Sólo una? -comentó sonriendo Tulia, pero Escandio ya se había sumergido, literalmente en la pantalla.

Tulia rectificó con meticulosidad las fichas del archivo fotográfico en su propia computadora y las observaciones obtenidas a lo largo de treinta y seis años de vuelo espacial.



Marcela del Río

Jamás la humanidad había llegado tan lejos y aquellos datos serían inestimables para los científicos. Faltaban sólo unas horas para el descenso y había que ultimar todos los detalles.

Con rapidez, silenciosamente, la nave se dirigía a la meta. Pero así como los seres no perciben los movimientos del planeta que rota y se traslada en el espacio, así, ellos tampoco sentían los de la nave. Tenían la impresión de estar suspendidos como un astro más en el infinito.

Estrella cerró los ojos. Recapitó en esas dos palabras que acababa de pronunciar: “Buenas noches.” Sus padres le habían enseñado a decirlas al acostarse, y a decir “buenos días” al despertar. Y aunque ella había comprendido el significado teórico de lo que era “noche” y de lo que era “día”, no podía imaginarlos con exactitud. ¿Cómo sería una puesta del sol, de ésas que sus padres le habían descrito, como “nubes” de colores en el cielo? ¿Cómo concebir la lluvia, el océano o un arco iris? ¡Cuántas veces había contemplado las fotografías proyectadas por la memoria de la computadora y las viejas películas que a fuerza de verlas una y otra vez había terminado por aprendérselas de memoria. Pero ellas no le daban una idea clara de lo que más le intrigaba. ¿Cómo era el cielo visto desde el planeta? ¿Cómo podía ser distinto del que ella conocía tan bien? Un cielo oscuro, en el que nítidas, brillaban sólo las estrellas. Un cielo inmutable, en el que la luz del sol, siempre distante, jamás llegaba a iluminar el cielo. Cuando se habían acercado a algún planeta, pudo ver los rayos del sol reflejarse en él, pero siempre vio la superficie iluminada dentro de un cielo negro. ¿Cómo podían hablar ellos de un cielo claro y azul? Sólo viendo podría creer, y aun así, pensaría que sus ojos la estaban engañando. Simplemente no podía concebirlo. En esas vacilaciones, sin darse cuenta, se quedó dormida.

El recibimiento se preparaba desde hacía meses. Las muchachas ensayaban el himno planetario. Los muchachos tablas gimnásticas. Los hombres: grandiosas formaciones de aviones que danzarían en el cielo, creando cuadros plásticos y las mujeres un desfile para mostrar los últimos adelantos de la ciencia. Miles de fotógrafos, camarógrafos, reporteros, llegados de todos los puntos del globo, merodeaban en la base espacial tratando de obtener la primacía de las declaraciones

de los viajeros del espacio, para sus respectivos medios informativos. Un ejército de mecánicos, ingenieros, médicos y científicos de todas las ramas del saber, disponían lo necesario para el gran momento. Había que tomar todas las precauciones para el aterrizaje, dado que el cohete en el que habían partido los astronautas treinta y seis años antes, no estaba dotado, ni remotamente, de los adelantos logrados por la astronáutica moderna.

Aquella mañana, un aire tibio recorría las calles y se metía por las gargantas de mujeres y hombres y se enroscaba entre las ramas de los árboles. El ruido de las herramientas, máquinas y computadoras en el campo de aterrizaje, se mezclaba con el zumbir de los helicópteros que iban y venían en enjambre. Las estaciones de televisión, las redes de internet e intranet transmitían la biografía de los dos héroes legendarios que volvían de un viaje sin paralelo en la historia. Y de “Estrella”, el primer ser humano que jamás había pisado suelo firme. La primera ciudadana del Cosmos.

Centenares de ojos, fijos en los radares, seguían atentos la ruta del cohete. De pronto, una exclamación en el Observatorio. Acababa de aparecer detrás de las lentes, la bala de fuego.

–Ángulo seis.

–Ángulo seis.

–Abre la válvula de espuma congelante.

–Abierta.

Las voces de los tripulantes cruzaron la atmósfera y fueron escuchadas por millones de televidentes del mundo entero.

–Diez segundos para encender el motor PXH ¿Lista?

–Lista.

–Y... nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Ya!

–Mamá, mamá, se me van los brazos. El cielo se está cayendo.

–No te asuste, Estrella, es la desaceleración.

–No puedo abrir los ojos, mamá, hay demasiada luz.

Ciérralos, ya tendrás tiempo de abrirlos.

Las voces siguieron escuchándose por la televisión, y al fin, en las pantallas, apareció la nave que descendía suavemente hasta posarse en la pista.

El júbilo estalló en los corazones como el maíz al calor del fuego golpeando con sus copos el cuerpo entero. Los oídos atentos aguardaban la noticia que daría principio a la Era de la Civilización Universal. La Era que rompería al fin, el aislamiento cósmico. Las imágenes se sucedieron sin tregua en las pantallas, en medio de arengas no premeditadas. Los locutores daban sus impresiones de lo que veían, de lo que sentían, ora describiendo, ora especulando sobre el futuro. Lo que había sido preparado se olvidó y las palabras bullían espontáneas en el caldero de la base espacial.

Y al fin, los rostros de los astronautas, desintegrados en ondas electrónicas, viajaron filtrándose por todos los rincones del planeta, para reintegrarse nuevamente frente a los ojos de sus coterráneos.

—¡Ahí esta Tulia! —dijo Fluora, e inmediatamente recapacitó que no era Tulia quien estaba frente a ella, sino su imagen, sin embargo, aquella imagen, como una premonición le indicaba que muy pronto esas tres palabras pronunciadas serían una realidad.

Los dos viejos se tomaron de la mano sin quitar los ojos del televisor y se quedaron quietos como estatuas de sal. Acababan de traspasar la dimensión del tiempo, sus vidas dejaron de tener un sitio preciso entre el pasado y el futuro.

Después del himno, las tablas gimnásticas, el ballet aéreo y el desfile científico, sobre la plataforma llena de flores recién cortadas, los astronautas pidieron silencio a la multitud. Y el silencio se hizo. Tulia miró a lo lejos la Escuela de Astronáutica y recordó el laboratorio de física donde conoció a Escandio. Entonces, vino a su mente todo el viaje, no como una larga secuencia de acontecimientos, sino como si de un sólo salto hubiera cruzado la distancia entre la partida y la llegada. Miró a Estrella que hacía intentos inútiles por abrir los ojos y empezó a hablar. Contó los prodigios estelares, los peligros, las revelaciones. Dijo de las alegrías y las tristezas, de la nostalgia, del amor que los sostuvo, del dolor del destierro, no como castigo, pero sí como lejanía del hogar. De la angustia del ave que se aparta del nido con el propósito de buscar alimento para sus hijos, ignorando si podrá volver a él. Y habló, habló, habló. A veces con la voz encendida, a veces con la voz apagada. Al hacer una pausa para tomar aliento, se desprendió una voz de la multitud.

—¿Y los seres inteligentes?

Un murmullo de viento entre los árboles surgió del bosque humano. Los dos astronautas se miraron. Estrella, sin poder abrir aún los ojos, escuchaba.

—Habla tú —dijo Tulia a Escandio, como se pronuncia una sentencia. La ráfaga se congeló. Y de nuevo el silencio de vidrio, expectante, iluminado, precedió a la voz del astronauta, como precede a la de los profetas.

Escandio fijó la mirada en la multitud pasando de un rostro a otro y adivinando a la otra multitud invisible parapetada tras sus televisores y computadoras. ¿Qué palabras emplear frente a una muchedumbre de la que desconocía su forma de pensar? Treinta y seis años de cultura lo desvinculaban de sus coterráneos. Era un extraño en su propia tierra, un ser anacrónico y su discurso podría resultar también, emocionalmente anacrónico. La distancia se medía no en tiempo, sino en experiencia vivida, en manera de enjuiciar los hechos. Cada generación vivía las mismas experiencias de distinto modo, según las vivencias acumuladas y los diferentes patrones de conducta. Pero la memoria de una misma generación se correspondía, no así la suya la de sus contemporáneos, de quienes lo separaban treinta y seis años de mutuo silencio, treinta y seis años de experiencias ajenas respectivamente. No conocía a la nueva juventud, por más que le hubieran llegado noticias a veces fragmentadas de los sucesos más notorios. Ignoraba sus reacciones e ideales, sus intereses y preocupaciones, sus principios y sus metas alcanzadas o por alcanzar. Buscó unos ojos que le dieran valor y cuando los halló en un joven que lo veía con interrogante avidez, comenzó a hablar.

—Para que comprendan mis palabras, tendrán que empezar por imaginar lo que era nuestro planeta hace... no sé cuántos siglos, cuando se había denominado a la humanidad bajo un nombre discriminativo: *Homo sapiens*, que no había completado aún su evolución y surgían aquí y allá unos cuantos seres que se veían en la necesidad de defenderse de los ataques de otros seres, semejantes a ellos en lo físico, pero que no habían alcanzado aún el grado de desarrollo mental suficiente para ser considerados *inteligentes*.

Escandio se miró a sí mismo con los brazos colgantes y sudoroso y trató de disimular su turbación.

–Sabemos que en nuestro planeta –prosiguió– la evolución fue alcanzada primero por individuos aislados, después por grupos y, finalmente, por pueblos, hasta incluir a la totalidad de seres que hoy llamamos inteligentes, pero nos cuesta trabajo imaginar lo que habría sido la vida cuando la evolución no había sido completada por toda la especie. Piensen en los primeros hombres y mujeres que coexistieron con los rezagados en la escala mental evolutiva. Piensen cuántos fueron sacrificados por las bestias de apariencia humana. Cuántas mujeres y cuántos hombres arando en el desierto habrán intentado vanamente elevar el nivel de los que ellos suponían sus congéneres. Remóntense a los albores de nuestra historia, mejor aún, a nuestra prehistoria, sólo así podrán comprender lo que hallamos en ese lejano planeta: ¡Guerra! Esa palabra muerta de nuestros diccionarios, es letra viva aún entre esos pueblos, donde hombres, mujeres y bestias se confunden. Donde la Paz, esa otra palabra que por habitual es considerada lugar común entre nosotros, es apenas intuida por ellos. Símbolo de una aspiración cuando no vil bufonería. Llamam Paz al interludio entre dos guerras, pero su verdadero significado les es desconocido. Nada más trágico que ver sucumbir a la Humanidad bajo las armas de entes de esa misma Humanidad que ostentan el título de seres inteligentes, sin serlo. Pero hay algo peor que la tragedia: la vergüenza de que esos hombres y mujeres no sientan la Vergüenza. Hallamos un planeta dividido en naciones, habitado por seres sin conciencia universal, sin noción del valor de la vida humana, y que todavía se preguntan “¿para qué viven?” en lugar de “¿por qué?” Desconocedores del milagro que es en sí la existencia. Descendimos en un pueblecito al que llamaban Badajoz, perteneciente a una república que luchaba por sostener sus principios de dignidad humana y lo que vimos fue uno de los espectáculos más denigrantes para ese *Homo sapiens*. Un ejército de asesinos, todo ejército lo es, recibiendo apoyo en hombres y armamentos de otras naciones, se dedicaba a masacrar a los partidarios de la república, ante la indiferencia de los países que se decían amigos de ella. El recinto destinado al culto de su Dios, servía de paredón de fusilamiento. Los hombres tapizaban el altar mayor de la catedral con sus cuerpos agujereados. Lo que debía ser un lugar sagrado era una carnicería. Y la imagen misma de su Dios, era la de un hombre sacrificado por otros

hombres, con una crueldad de la que ningún animal sería capaz.

En otro sitio, al que llamaban “plaza de toros”, las ejecuciones en masa transformaron el ruedo en una laguna sangui-nolenta. Las calles fueron paraíso de buitres. Un amasijo de cadáveres mutilados yacía para regocijo de sus asesinos. Conforme avanzábamos, las escenas de destrucción eran cada vez más cruentas. Vimos a los hombres con las ropas ardiendo gritar hasta caer y hacerse cenizas. Vimos desprenderse cabezas y piernas de los cuerpos. Vimos a los hombres matar a otros, de los que no conocían siquiera el nombre. Y los que cayeron no supieron jamás quién fue su asesino. Los que no conocemos la guerra no podemos entender cómo dos seres inteligentes que jamás se han conocido puedan tenerse tanto odio. Y me pregunto: ¿si hubieran vivido en paz y uno de ellos hubiera estado en peligro, no habría corrido el otro a ayudar-le, a salvarlo? ¿Qué venda es ésa de la guerra que ciega los sentidos al punto de anular la misericordia y el instinto de sobrevivencia de una especie?

Fuimos testigos de la desaparición de ciudades enteras. Los aviones volaban muy bajo, arrasando con el fuego de sus ametralladoras calles, edificios, museos, hospitales, los caminos de salida y los bosques circundantes. La gente corría aterrorizada abandonando sus animales en el mercado. Amontonados en las cunetas de los caminos, hombres, mujeres, niños y viejos, con la nariz pegada a la tierra, esperaban la muerte. Luego, venían las bombas explosivas y por último las incendiarias. Humo y vaho de sangre fue lo único que quedó de esas ciudades.

Después, escuchamos cómo los asesinos culpaban a las propias víctimas de haber prendido fuego a las ciudades. Las estaciones de radio trasmitían informaciones totalmente falseadas y nos horrorizamos al pensar en las infinitas posibilidades de que gozaban los medios de información para desorientar a la opinión pública y en la capacidad de cinismo de esos informadores para distorsionar la verdad. Después de ver más atrocidades que nos hicieron vomitar de asco y vergüenza, pensamos que si lo que habíamos contemplado era un momento en la historia del planeta, un instante recogido al azar por nuestros ojos ¿cómo sería su historia entera? ¿De qué ignominias no serían capaces esos seres? Y preferimos no llegar a cono-

cerlos. Tomamos la decisión de volver a nuestro mundo y subimos al cohete sin cumplir la misión encomendada. ¿Cómo hablar de Paz a un mundo cuyos sabios –y por tanto sus mejores representantes– son mercenarios que alquilan su sabiduría poniéndola al servicio de la Guerra? ¿Cómo hablar de Amistad a seres que condecoran al traidor y al criminal? ¿Cómo hablar de Civilización Universal a entes que crucifican y coronan de espinas a quien predica Amor y Bondad? La construcción y la masacre no van juntas. Y si el disfrute de la vida y la paz es atributo de la inteligencia, esos seres que gozaban con la muerte de sus congéneres y la guerra, no podían ser inteligentes. Son prehombres y no debemos acercarnos a ellos hasta que completen su ciclo evolutivo. Sólo entonces podremos afirmar que en ese planeta hay seres inteligentes que lo habitan.

La muchedumbre había vivido, paso a paso, las escenas evocadas por Escandio. Todos los ojos estaban fijos en el astronauta. Un escalofrío recorrió las vértebras, como si de pronto una ventisca hubiera soplado en medio del verano. De la boca de Escandio brotaban imágenes, más que sonidos, y esas imágenes, al no encajar con las que la gente se había figurado, desarticulaban el mecanismo construido con engranajes de esperanza para el futuro.

El discurso llegó a su orilla y la espuma, mortaja de las olas, empapó los rostros, dejándolos desencajados por la desi-

lusión y el horror. Los sueños se astillaron como estatuas de vidrio al caer sobre el pavimento y otra vez los hombres y las mujeres se sintieron solos en el Universo.

La voz que antes interrogó sobre los seres de aquel mundo lejano, volvió a escucharse:

–¿Qué nombre le dan esos prehombres a su planeta?

Escandio creyó identificar al que articuló aquella pregunta y respondió dirigiéndose a él.

–No me lo van a creer, parece una ironía. Lo llaman “Tierra”, igual que nosotros al nuestro.

Cuando sonó el timbre de la puerta y aparecieron Tulia y Escandio llevando en brazos a Estrella, para los viejos no habían transcurrido treinta y seis años desde la despedida, sino un segundo. La vieja se levantó de su mecedora, abrió la puerta y miró a Tulia.

–La cena los espera, hijos míos –fue todo lo que pudo articular.

En el umbral, Estrella, finalmente, abrió los ojos y miró el cielo incendiado. El sol se estaba poniendo tras las colinas verdes. ☹

* Del libro *Cuentos arcaicos para el año 3000*.

el perrito



BASTIDORES

Preparados con la receta tradicional de imprimatura a la media creta, elaborada con aguacola de conejo, blanco de titanio y aceite de linaza refinado.

Información y ventas:
53.47.15.85
044.55.39.75.77.98

Poemas

EDWIN LUGO

Reminiscencias

Ingenuos afectos ¡Qué raudos volaron!
cuadernos y libros atados con cinta,
maestros y clases mis horas llenaron
manchados los dedos color de la tinta.

Juegos en el patio con niñas de trenza,
trompos de cuerda y huesos de durazno
cartas inocentes que decían ternezas
buscando afanoso tempranos noviazgos.

Furtivos paseos por parques soleados,
paletas de nieve: limón y grosella
y acaso en la "pinta" un beso robado
un tronco grabado con el nombre de ella.

Romances fallidos ¡Qué burlas causaron!
Seguro trajeron al primer amigo
hoy que las pasiones mis ojos secaron
¡Mis viejos amores, los guardo conmigo!

Maigre-tout

Aunque yo se que nunca llegarás a mi vida,
aunque se que por siempre no estarás junto a mí,
en el alma he encendido una antorcha votiva
que en lugar de extinguirse resplandece por ti.

Aunque no me deslumbre con la luz de tus ojos,
ni se escuche tu risa en mi triste mansión,
y en mi huerto sin rosas sólo broten abrojos
y de tus labios se ausente del amor su canción.

Aunque nunca me quieras como yo te he querido,
y en tus horas distante, ni te acuerdes de mí,
mi ternura no aprende lo que es el olvido

y mi amor se acrecienta cada hora por ti,
aunque nunca regreses, aunque siempre te has ido
aguardándote vivo ¡Una espera sin fin! 🖤



Javier Anzures

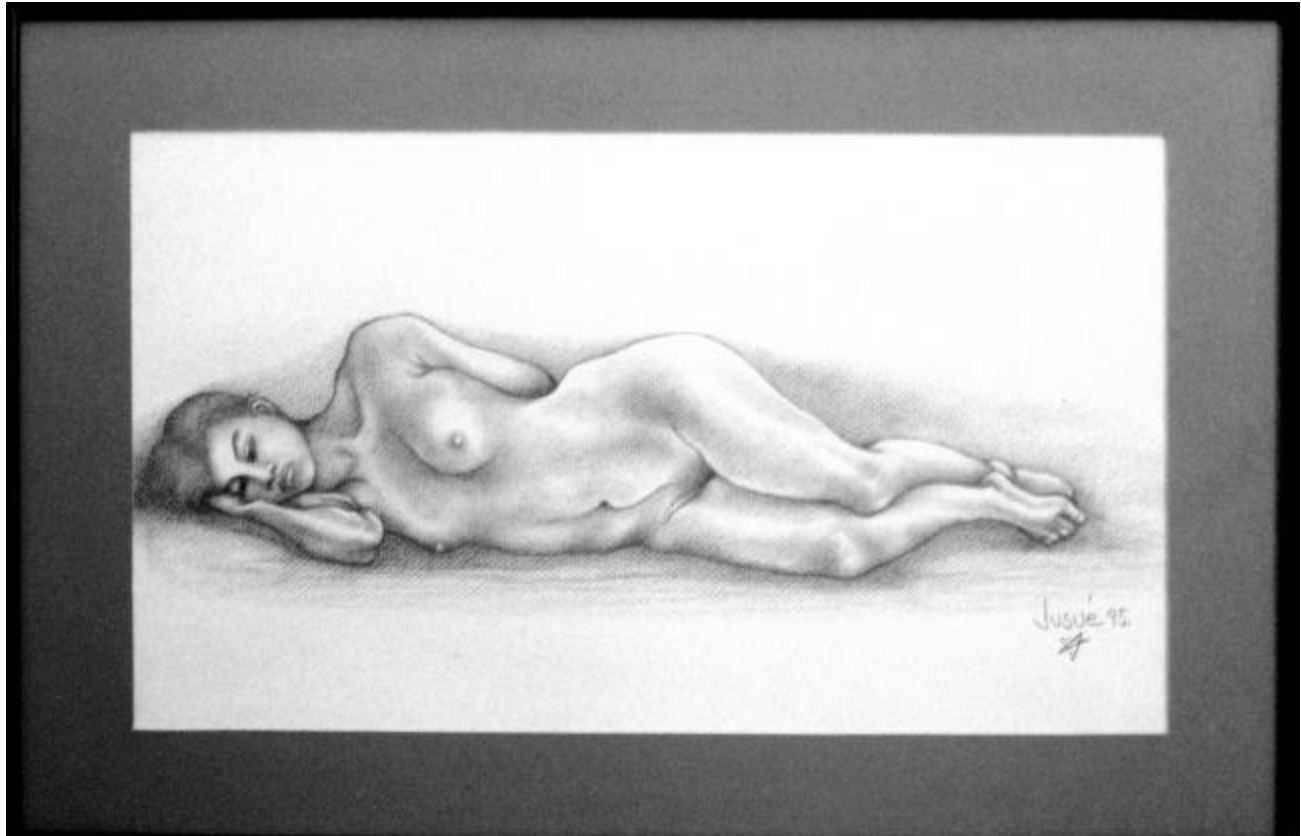
Quisiera ser...

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

Quisiera tomarte de la mano y pasear por los recuerdos. Quisiera, jugar con tus cabellos. Quisiera ser un árbol y que tú fueras el viento. Volar por las estrellas y que tú fueras un paracaídas. Quisiera ser la risa. Quisiera que fueras la calle y yo paseara por ella. Quisiera ser la melancolía. Quisiera que tú fueras el tiempo y yo poder detenerlo. Quisiera ser real para estar contigo y no soñando. Quisiera nacer en una piedra azul y que me arrojes al mar. Quisiera ser el motivo de tu existir y cuando llegue el momento despertar en ti. Quisiera ser ... 🐱

56

Un mundo en el bñh



Jusúe